



*Lord
Desesperado*

SERIE
LORES MALDITOS 1

SYDNEY JANE BAILY

Desde la exuberante campiña inglesa hasta la resplandeciente sociedad del Londres victoriano, lord Desesperado pensó que había dejado lo peor en la jungla birmana. ¡Pero estaba equivocado!

¿Cómo puede un hombre abrazar su derecho de nacimiento cuando no puede salir de su dormitorio?

Lord Simon Devere regresa de la guerra de Birmania, perseguido por recuerdos vívidos e incapaz de reconocer los sueños de la realidad.

¿Cómo puede una joven inteligente mantener a su familia después de que su padre muere endeudado?

Jenny Blackwood está decidida a no dejar que su madre y sus hermanas sucumban a un destino cruel. Con el pretexto de ser un contable, pronto adquiere un cliente inesperado.

Un aristócrata dañado y un peligro disfrazado...

Con las arcas de la propiedad misteriosamente menguando, Jenny va donde otros temen pisar, a la habitación oscura del inestable conde. Un peligro aún mayor les aguarda a ambos, ¡pero la mayor amenaza para Jenny puede ser el mismísimo lord Desesperado!

A PTPR
Hasta que llegue a ti, estaré demasiado lejos

Agradecimientos

Gracias a mi editora, Violetta Rand, por su cálido estímulo.
Y, como siempre, gracias a mi madre por estar ahí.

Prólogo

1847, Belton Manor, Sheffield, Inglaterra

Simon contempló la oscuridad y sintió una oleada de satisfacción. No había ni una pizca de luz. Así era como le gustaba. El día o la noche no suponían ninguna diferencia para él. Ni tendría por qué. A la agonía que invadía su mente no le importaban cosas como la salida o la puesta del sol. Solo la entrada de sus sirvientes con una bandeja llena de comida o, mejor aún, con brandy francés, perturbaba su rutina. Un rayo de claridad atravesaba la infinita negrura cuando estos abrían la puerta con suavidad y depositaban su ofrenda casi sin hacer ruido sobre la mesa.

De vez en cuando llegaba el médico infernal, si es que en realidad lo era, con sus tonterías sobre el aire fresco, los paseos y la toma de gotas de láudano para calmar su estado de ánimo. De manera exasperante, el hombre dejaba la puerta abierta de par en par para poder ver mejor a su «paciente», como llamaba a Simon, quien no se sentía nada enfermo.

El último tratamiento novedoso aconsejado por el curandero fue la hipnosis, sugerencia que fue recibida por parte del falso enfermo con un grito de rabia echándolo de la casa.

El hombre salió huyendo, y con razón. Tal vez, sería inteligente y no volvería nunca. Por suerte, alguien cerró la puerta tras él, y el mundo de Simon se sumió de nuevo en una absoluta oscuridad.

De vez en cuando, si no podía concentrarse en el juego de ver a través de las sobras, sus pensamientos se desviaban hacia Toby. El querido primo Tobías. Lo habían descuartizado y dado de comer a los pájaros ante los ojos de Simon.

No fue una forma de tortura. No, Toby ya estaba muerto cuando empezaron a cortarlo en trozos, se había desangrado en la celda antes de que arrastraran su cuerpo al sucio patio y lo hicieran pedazos, pero no fue un castigo, sino una advertencia a Simon y a los otros dos desventurados reclusos del terrible destino que les esperaba si se salían de la línea, como había hecho Toby. Este había pedido otro sorbo de agua, según recordaba Simon. El guardia se ofendió y lo atravesó con su sable.

Aquello sacudió a Simon hasta la médula. Él y su primo habían pasado por muchas cosas juntos. Habían crecido tan unidos como si fueran hermanos y, por eso, cuando Toby anunció su intención de luchar por la reina y la patria, Simon sintió que también era su deber hacerlo, aunque pensara que la causa del conflicto birmano era el comercio de la madera de teca y el beneficio que reportaba, y no un ideal patriótico. Sin embargo, era imprescindible vencer a los franceses para evitar que realizasen alguna incursión en las posesiones imperiales de la reina Victoria.

Después de haber librado docenas de batallas, ambos al mando de tropas indias, acabaron como prisioneros en la misma celda birmana olvidada de Dios. Se habían cubierto las espaldas el uno al otro durante tanto tiempo, que a Simon le resultaba ahora imposible que aquel hombre, que siempre había estado en su vida, inteligente, amable y feroz como el infierno cuando era necesario, ya no volvería a formar parte de esta.

Ya nada tenía sentido. Su vida no tenía sentido, y tampoco preocuparse por ningún motivo. No encontraba ninguna razón para que algo le importase lo más mínimo, excepto esperar a la muerte, que era lo que Simon había he-

cho hasta que un día, por un milagro, o quizá por desgracia, la puerta de su celda se abrió de repente.

¡Rescate, libertad, condenación eterna!

¿Cómo iba a volver a esa vida de lujo y comodidades?
¿Cómo iba a beber té y sentarse a la mesa con gente civilizada, cuando sabía que el ser humano podía alcanzar ese nivel de crueldad?

¿Cómo podría olvidar los ojos vidriosos de Toby?

¿Cómo podría cerrar los párpados y dormir?

Simon no podía hacerlo, al menos, no de forma voluntaria. Luchaba contra el sueño cada noche, y a veces perdía la batalla. Se sentaba en la oscuridad y no dejaba que su cuerpo o su mente supieran si era la hora de la vigilia o del sueño.

Sin embargo, cuando este lo dominaba durante unos minutos, incapaz de mantenerse despierto, se desataba el infierno. Las batallas, el salvajismo y los ojos de Toby eran sus pesadillas. Y la celda infestada de ratas. Siempre la celda.

¿Aún estaba en ese pequeño espacio, en el que no podía ni ponerse de pie, soñando con esta casa en Sheffield, con esta habitación en el hogar de su familia? ¿O solo estaba imaginando esta vida, que le parecía completamente irreal, y en la que sabía que ya nunca podría participar?

Simon Devere, séptimo conde de Lindsey, lo ignoraba. Pero mientras permaneciese con los ojos abiertos en medio de la oscuridad para no poder fijarse demasiado en los detalles de la habitación, entonces estaría aquí, en Inglaterra, en Belton Manor.

Capítulo 1

–No creo que pueda trabajar un día más para ese hombre.
–El inesperado comentario provino de una joven en edad casadera, con el pelo color caramelo, y que lucía una expresión de desdicha en su encantador rostro.

Maggie había vuelto a casa.

Jenny se percató de la llegada de su hermana por el portazo de la puerta principal y, por lo tanto, estaba preparada para verla entrar en la habitación, arrojar sus guantes sobre el escritorio y sentarse al otro lado del mismo.

Jenny intentó evitar la exasperación en su voz.

–No trabajas para ningún hombre, que yo sepa –le dijo –. Así que, ¿de qué demonios estás hablando?

Maggie frunció el ceño, recogió unos papeles que tenía delante, los miró como si estuvieran escritos en un idioma extranjero, en lugar de ser los pagos de su pequeña casa de campo y sus tierras, y luego los volvió a dejar sobre la bruñida superficie de nogal.

–Ya sabes a quién me refiero. A lord Desesperado.

Jenny suspiró.

–Eso suena poco amable. Además, tú no estás a su servicio, sino que ayudas a esa pobre mujer, que está casi loca de dolor por la muerte de su marido. Muestra algo de compasión, Mags.

Maggie se envaró.

–Oh, lo hago, lo hago. Me siento con esos chicos a diario mientras intentan conjugar los verbos franceses y hablar con tanta fluidez como su madre. Si *lady Devere* entra

en la habitación, con su rostro pálido y sus ojos enrojecidos, siempre le pregunto cómo se siente. Sin embargo, han pasado casi dos meses desde que lord Desesperado llegó a casa y trajo la noticia del fallecimiento de su primo y esposo de *lady* Devere, ¿no es así? Por no mencionar que, en realidad, lleva muerto unos dos años. Aun así, la señora llora como si lo hubiera colocado hoy mismo en el féretro y acabara de darle la última despedida.

—Tobías Devere era un buen hombre, según tengo entendido —ofreció Jenny.

Maggie asintió.

—Los niños también lloran a veces, aunque dudo que lo recuerden. Aunque sí se han dado cuenta de que su padre no va a volver. Nunca.

Jenny oyó que la voz de Maggie se entrecortaba y supo que su hermana no era ajena a la tragedia de la familia Devere, pues le traía a la memoria su propia pérdida, la de su querido, pero irresponsable padre, lord Blackwood.

—No tengo nada que hacer allí —insistió Maggie—. No quiero estar en medio de su dolor. Tengo que lidiar con el mío —añadió—. Es más, no quiero ser tutora de francés. ¿Por qué tengo que serlo? ¿Por qué no puedo quedarme en casa y ayudarte con esas cifras que estás sumando todo el día? —Señaló los libros de contabilidad y los papeles sobre el escritorio.

Jenny se encogió de hombros.

—Todos hacemos lo que podemos para ayudar a mamá. Ya lo sabes. Y tú eres tan poco apta para la aritmética como yo para el francés.

—¿Y Eleanor?

Jenny sonrió ante la idea de que su hermana menor pudiera desempeñar un trabajo remunerado.

—Si puedo encontrar una retribución económica a soñar despierta y dibujar rosas de vez en cuando, entonces tendré el empleo perfecto para ella.

Jenny extendió la mano por encima de la mesa y la puso sobre la de su hermana.

—Por favor, sigue con ello. Sé que tu salario es una miseria comparado con lo que vales, pero por ser la hija de un barón, te pagan más de lo que pagarían a un verdadero tutor o a una institutriz.

Las fosas nasales de Maggie se dilataron.

—¡Que debamos discutir sobre salarios, como... comerciantes! —Maggie se puso en pie, se dirigió al aparador y comenzó a jugar con la jarra de brandy vacía.

A los dieciocho años, Maggie, la hermana mediana de Jenny, atrapada en el campo y sin ningún pretendiente a la vista, era muy consciente de su precaria situación. Sobre todo, por la falta de dote y porque, lamentablemente, su única temporada había sido truncada con la prematura muerte de su padre a principios de año.

Entonces, los acreedores comenzaron a llamar a la puerta. Las perspectivas matrimoniales de Jenny también se esfumaron de inmediato cuando lord Adler, un vizconde aparentemente honrado que la había cortejado y conquistado durante su segunda temporada, retiró su oferta de manera abrupta. Si su padre hubiera estado vivo, habría impugnado la ruptura del contrato verbal. Por supuesto, de haberlo estado, el vizconde no lo habría roto, en primer lugar.

Jenny se habría casado, como era su deber, y tendría que haberse sentido agradecida por tener la oportunidad de ayudar a dirigir la hacienda de lord Alder y criar a los hijos con los que ella y el vizconde hubieran sido bendecidos. Sin embargo, Jenny solo había sentido un leve interés por aquel hombre y por la idea de convertirse en su esposa.

A la muerte del barón Lucien Blackwood, su madre no estaba preparada para hacer nada más que reunir a su familia, incluidas sus tres hijas y todos los sirvientes que pudiera seguir empleando, y dirigirse a la casa de campo de

la familia en Sheffield. Allí tenían muchos buenos recuerdos rodeados de veranos calurosos y otoños frescos, al contrario que en Londres.

Y durante muchos años, cuando Jenny era más joven, los Blackwood iban a Sheffield a pasar las vacaciones de invierno. Si los Deveres estaban en la residencia campes- tre, celebraban una de sus legendarias fiestas de Navidad. Jenny recordaba haber ido a Belton Park y haber conocido tanto a los Deveres con título que vivían en la gran casa solariega como a sus parientes menores de Jonling Hall. De los cuales, *sir* Tobías Devere, solía ser el feliz señor.

La guerra de Birmania había acabado con todo eso. Tobías se había marchado hacía tres años para cumplir su deber con su primo Simon, el vizconde y heredero del condado. Para cuando Jenny y su familia habían llegado de Londres, ya se temía que ambos estuvieran muertos, y la familia de Tobías Devere se había trasladado a Belton Manor.

Jenny esperaba que el motivo de su mudanza fuera poner a la viuda y a sus hijos bajo la protección del conde. Sin embargo, temía que se debiera a la presión financiera que afectaba a muchas de las grandes familias, ya que mantener las tierras y pagar a los sirvientes no era tarea fácil.

–Incluso cuando estamos pasando una tarde agradable –se lamentó Maggie–, de repente, oímos a lord Desesperado...

–Por favor –interrumpió Jenny–, deja de llamarlo así.

Más o menos al mismo tiempo que su familia se establecía en Sheffield, Simon Devere había regresado en un estado mental terrible, o eso decían los rumores, que se extendieron con rapidez entre los habitantes del pueblo. Es más, había confirmado lo peor respecto a *lady* Devere, la esposa del primo de este, nacida en Francia. *Sir* Tobías había muerto, y Simon, cuyo padre había fallecido mien-

tras él estaba en Birmania, ya no era vizconde, sino el nuevo conde.

Un conde al que nadie había visto salir de Belton Manor desde su regreso.

—Es lord Devere, y el noble de mayor rango de este condado —le recordó a su hermana.

Jenny guardaba una vaga memoria de las pocas veces que su familia había ido a la mansión para una fiesta de Navidad o de finales de verano. El conde tenía ojos amables y era bastante llamativo. Era mayor que ella, quizá siete u ocho años, por lo que nunca había compartido con él más que un breve saludo. Sin embargo, se había quedado con la impresión de que era cortés.

—En realidad, supongo que ahora que su padre ha fallecido, lord Devere se ha convertido en lord Lindsey.

—Bien —cedió Maggie—. El caso es que, mientras les leo un cuento a los niños y les pido que presten atención al vocabulario, tenemos que escuchar a lord Lindsey gritar o dar golpes en su habitación como un jabalí herido. El abatimiento que cae sobre ellos y la pobre *lady* Devere es casi palpable. Habría sido mejor que se quedaran en Londres.

—Tal vez no tenían otra opción.

Maggie lo consideró en silencio, y luego señaló los papeles sobre el escritorio.

—¿Cómo ha ido? ¿Estamos en mejor situación que el mes pasado?

Jenny miró los números que tenía delante.

—Tu salario ayuda enormemente. —Eso era exagerar, pero cada pequeña cantidad contaba.

Maggie asintió en señal de acuerdo.

—Tu contribución es mucho mayor, estoy segura.

Jenny se sonrojó. Sí, sus habilidades contables habían aportado una buena suma, y esperaba que eso continuara, siempre y cuando los dueños de aquellos libros no supieran que era ella, una simple solterona de veinte años quien se ocupaba de su contabilidad. Se volverían locos si

conocieran su identidad, una mujer sin experiencia en los negocios. A través de Henry, el criado de su padre, al que su madre se había negado a despedir tras la muerte de lord Blackwood, Jenny había conseguido ganarse la confianza de unos cuantos clientes.

Llevaba las cuentas de los comerciantes locales, así como de algunos nobles. Henry era el encargado de llevarle los libros de cuentas, y ella era el misterioso genio que determinaba la cantidad que un súbdito leal debía a la corona o tenía derecho a guardar en sus propias arcas. Si tan solo hubiera sabido las terribles circunstancias de su padre...

Gracias a su creciente clientela y al modo de vida frugal, evitaba que su madre, sus hermanas y su hogar cayeran en la indigencia. Aunque Maggie no aportaba gran cosa, la idea de que todo no recaía sobre sus espaldas reconfortaba mucho a Jenny, y así podía afrontar la considerable carga de la manutención de su familia.

Además, aunque no se lo había mencionado a Maggie ni a Eleanor, todavía les quedaba algo de dinero de la venta de su casa en la ciudad. Con esto y la bendición de su madre, Jenny estaba decidida a darles a sus hermanas la oportunidad de tener su temporada en Londres, aunque esta fuera muy corta. Sin embargo, sería imposible reunir una dote. Las dos jóvenes eran encantadoras, Jenny lo sabía, y si tan solo pudieran dejarse ver en algunos salones de baile, tendrían ocasión de conseguir un buen partido.

En cuanto a ella misma, Jenny descubrió que no le importaba el drástico cambio de estilo de vida, como había temido. Ser una solterona en Londres habría sido insoportable; habría sido despreciada y sus compromisos sociales se habrían visto severamente limitados a medida que envejecía. En el campo, tenía libertad. Ya dirigía una casa y supervisaba a sus hermanas como si fuera un hombre. Montaba a caballo cuando quería y leía lo que le apetecía,

y aquí nadie la obligaba a tocar el temido pianoforte, a cantar o a bordar.

De hecho, Jenny odiaba beneficiarse de la miseria de los demás, y menos aún de la su madre y hermanas, pero su vida había mejorado. Y no había tenido que asumir el papel de esposa de un vizconde, sobre todo, como resultó evidente, el de una esposa que no era en realidad deseada. La única nube negra era la ingrata posibilidad de no casarse nunca, de no experimentar los misterios del lecho matrimonial ni de tener hijos propios.

—De todos modos, no puedo volver mañana. —La voz de Maggie la sacó de sus pensamientos.

Jenny se puso en pie.

—¿Qué estás diciendo? ¿Por qué no?

—Mamá me ha pedido que lleve a Eleanor a la ciudad para comprarle un sombrero nuevo, ya que los ha perdido todos, y unos guantes, pues ha roto su último par.

Un sombrero y unos guantes. Jenny quería gritar ante la frivolidad de aquello.

—No puedes abandonar a tus pupilos por un asunto así. No cuando se supone que estás trabajando.

Maggie levantó la mano.

—No digas esa palabra. Yo no trabajo. Ayudo a los niños Devere. Les presto mis habilidades educativas. Se me recompensa como a una dama.

Jenny suspiró. Comprendía el anatema de su hermana por haber caído de la posición superior que habían disfrutado mientras su padre vivía, pero los hechos eran los hechos.

Sin embargo, Maggie no había terminado.

—¡Hablas como si *lady* Devere pusiera monedas en mi mano!

En realidad, el pago se enviaba a través de un sirviente cada semana a la casa de los Blackwood. Ninguna sucia ganancia se dirigía directamente a su hermana. Y si Maggie iba mañana a la sombrerería de la ciudad con Elea-

nor, la tendera solo escribiría la suma en un papelito y se lo enviaría a Jenny de vuelta para que esta le pagara.

A Jenny no le sorprendía que la mayoría de la gente no pensase en los números. O que, como su padre hacía, no tuviese en cuenta sus deudas hasta que era demasiado tarde.

–¿Por qué no te encargas de las clases de francés y yo me encargo de Eleanor?

–Porque tengo que pasar un día lejos de ese lugar – afirmó Maggie.

–Solo es martes –señaló Jenny. ¿Cómo iba a llegar su hermana al viernes?

–No. El señor Desesperado me dio un susto hoy, y necesito un día para recuperarme. Eso es todo. –Estaba claro que Maggie no iba a echarse atrás, y si Jenny esperaba imponerse y conseguir que su hermana volviera el jueves, más le valía ceder.

–Bien. Iré a la mansión en tu lugar.

Maggie se quedó con la boca abierta.

–¿De veras? ¿Y qué harás?

Jenny reflexionó. Todo lo que sabía era que no quería dar a nadie en Belton una razón para retener los honorarios de Maggie el sábado. Sospechaba que no era *lady* Maude Devere quien pagaba, en cualquier caso, sino alguien a cargo de las arcas del conde. Obviamente, no el propio conde, ya que por lo visto no estaba en condiciones de hacer nada desde su regreso, salvo quedarse sentado en su habitación. O eso decían los chismes de los criados.

–Quizá les muestre a los niños el asombroso poder del álgebra.

Maggie no parecía impresionada.

–Sabes un poco de francés, y tu pronunciación es bastante buena, a pesar de no entender todas las palabras. ¿Por qué no les lees un cuento y tratas de no estropearlo todo demasiado? Tienen algunos libros en la pequeña sa-